



IV. QUE EL INDUSTRIALISMO ESTÉ AL SERVICIO DEL ESPÍRITU

Vasconcelos tuvo fe en la promesa para México de un augusto destino colectivo que debía realizarse con apoyo de la técnica, pero sin perder de vista el fondo espiritual de la cultura; de ahí la publicación de los clásicos en que tanto énfasis puso.

Pero si el genio ha de tallarse en granito, del mismo modo el genio ha de servirse de la técnica para esculpir el espíritu, y no al contrario. La técnica y el industrialismo tienen mucho de engañoso. En un pueblo pobemente educado pueden convertirse en el fin mismo de la vida y de la educación, en vez de servir a los valores más altos del espíritu. Demasiado a menudo vemos esta ocurrencia en nuestra vida diaria actual para que sea necesario elaborar sobre ella. La acumulación de dinero y técnica, que apenas es un medio, nos engaña con sus espejismos y se nos convierte en el fin mismo de la existencia perdiendo así toda perspectiva. Vasconcelos pronto comprendió el error de la época en que le tocó vivir —el tecnicismo— y quiso sacar al país entero de ese espejismo engañador, pero todavía en su primera juventud, como vino a darse cuenta más tarde, se hallaba envuelto en la oscuridad de los tiempos. En el *Ulises Criollo* nos relata que...

La vanidad de creernos en una era nueva y el snobismo de una conciencia entendida a medias, me impedía reconocer que el cálculo maravilloso de la paralaje y el descubrimiento sorprendente de Neptuno era tan sólo otro caso de recuento de las estrellas, vaivén de las olas... conocimiento humano limitado siempre por el confín del misterio.⁷⁵

Pero aun entonces, a pesar del enceguecimiento de la primera juventud, Vasconcelos no dejó de entrever ese “confín del misterio” al cual los catalogadores de estrellas no podían llegar. En su vida familiar, y especialmente en el contacto con el pueblo mexicano, fue donde mejor pudo entreabrir el tenue velo que cubría lo desconocido. Estando en Toluca, todavía adolescente, asistió a una coronación de la Virgen que le dejó una impresión imborrable porque pudo ver allí cómo el sentimiento religioso, la premonición de lo desconocido, se entreveraba con la idea de patria para producir en el pueblo, aunque fuera por un instante, el gran sentido de la solidaridad humana. Lo describe así el pensador:

⁷⁵ *Ibid.*, p. 174.

Luz, calor y colores, confusión de castas, dialectos indígenas, trajes bizarros; todo el México misterioso y complejo que el sentimiento religioso, hábilmente ligado a la idea de patria, unificaba un instante. El *non fecit talliter* a través de nuestra historia angustiosa podría parecer irónico a un juez imparcial, pero a nosotros nos confirmaba la promesa de un augusto destino colectivo.⁷⁶

Ya para entonces Vasconcelos percibía en su propio ser la inquietud que lo llevaría a escribir sus trabajos más profundos y a darle esa especial orientación por donde logró encauzar su labor educativa. Descubrió muy pronto que los filósofos positivistas y los físicos estaban impedidos para ir más allá del dato empírico. Aunque la buscaban, no podían ver la armazón del universo porque ésta era espiritual y no material. "Newton, Comte y Spencer, catalogadores de hechos" los llama Vasconcelos, y continúa, "ninguno merecía el nombre de filósofo. Penetrar la maraña de los hechos para descubrir el hilo conductor, remover y animar la entraña misma de la creación, eso es ser un filósofo."⁷⁷ Y eso es ser un educador añade yo, especialmente si se trata, como en el caso de Vasconcelos, de ser un pedagogo cívico, de tomar como propósito la educación de todo un pueblo. En tal caso no basta con el dato empírico. Es preciso conocer la fibra íntima de ese pueblo para pulsarla hábilmente y darle la orientación que se busca.

Este principio directriz de darle un basamento espiritual a toda su enseñanza iluminó constantemente la obra educativa de Vasconcelos mientras estuvo al frente de la Universidad y de la Secretaría de Educación de 1920 a 1924. Cuando en enero de 1921 el presidente Obregón, como vimos en el capítulo anterior, puso a disposición del rector de la Universidad, a la sazón Vasconcelos, los talleres gráficos de la nación para que editara obras educativas en suficiente número para elevar el nivel cultural de la nación, al lado de las obras sobre industria, agricultura e higiene, y en mucho mayor número que ellas, Vasconcelos editó los clásicos antiguos y modernos en verdadera profusión para que nunca la técnica perdiera de vista el fondo espiritual de la cultura. Junto a la técnica, Homero, los Evangelios, Dante, Calderón, los poetas españoles y latinoamericanos y los escritores modernos como Pérez Galdós y Bernard Shaw. Quería Vasconcelos compartir con México uno de sus principales principios éticos. Lo expresa él así:

⁷⁶ José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, p. 93.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 216.

... Nunca estimé el saber por el saber. Al contrario: saber como medio para mayor poderío y en definitiva para salvarse; conocer como medio de alcanzar la suprema esencia; moralidad como escala para la gloria, sin vacío estoicismo, tales mis normas, encaminadas franca-mente a la conquista de la dicha. Ningún género de culto a lo que sólo es medio o intermedio y sí toda vehemencia dispuesta para la conquista de lo esencial y absoluto.⁷⁸

Es la inquietud por alcanzar lo absoluto, la suprema esencia, lo que se halla en el fondo de toda la obra vasconceliana. Nunca perdió esta confianza en el valor último del espíritu y fue ella la que lo impulsó a participar activamente en la Revolución Me-xicana desde los tiempos del maderismo. "Está bien", pensaba él en sus momentos de inquietud,

la realidad nos presenta una humanidad perversa, mezquina y con-fusa. Pero no sólo hay la realidad, existe también la voluntad que no se conforma y exige el bien. Los valores de la conciencia son una reali-dad superior que puede y debe dominar al simple caos de los hechos. Que mande el espíritu en vez de mandar la fisiología y el mundo verá que su destino pega un salto.⁷⁹

Era por eso que él intervenía en la Revolución, para imponer por la fuerza del pueblo, el espíritu sobre la realidad. Con esa pureza y esa fe creía que los revolucionarios acabarían por imponerse a los incrédulos y a los idiotas, porque para él era un caso claro de la eterna pugna de Arimán contra Ormuz.

Su fe en que la salvación de la humanidad dependía de que el industrialismo se sometiera al servicio del espíritu fue una constante en el magisterio de Vasconcelos. Al final de la década de los años 20 escribió una serie de artículos titulada "Gigantasia". En ellos compara la frialdad y el vacío de urbes como Nueva York o Chicago, que son un templo al tecnicismo, con el pasmo que causa contemplar una hazaña técnica como la Santa Sofía que es un himno a la santa sabiduría, al espíritu.

En los años de la Gran Depresión Vasconcelos recorría la ancha Broadway, por Wall Street, y le parecía angosta de tanto que habían crecido verticalmente los edificios. Millares y millares de gente pasaban en tumulto con los rostros ajados y los ojos desorientados de codicia: "no hay nada más lamentable que el fracaso del mercader," pensaba él.⁸⁰

⁷⁸ *Ibid.*, p. 313.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 414.

⁸⁰ José Vasconcelos, "Gigantasia," *Obras Completas*, Vol. I (México: Libreros Mexicanos Unidos, 1958), p. 168.

Caminaba él forzando el cuello para abarcar ese perfil alto, pero desprovisto de grandeza; los nuevos rascacielos, al proyectarse contra el cielo, resultaban triviales en su enormidad. Y detrás de los millares de ventanas suspendidas se albergaban más de un millón de asalariados sin ventura y además improductivos.⁸¹

“¡Pobre Nueva York, que ya no impone los precios al mundo!”, exclamaba él para sí. Era el destino de una empresa que careció del destello de un ideal, morir de gigantasia: “the greatest in the World.”⁸²

Una impresión semejante tuvo Vasconcelos de Chicago cuando la visitó. Encontró que sus tesoros originales, las empacadoras de jamones, se habían quedado en segundo plano. Para 1929 los principes de la salchicha estaban siendo destronados por los duques del acero y los reyes de la fibra trenzada que ata los bultos de la humanidad.⁸³

Había una cintura de parques que redimía la ciudad, ennoblecéndola; pero por detrás el panorama era sórdido; kilómetros de casas iguales y sombrías barridas por un viento agrio que levantaba polvo y basura. Había millares sin trabajo y por todas partes un pulular de chiquillos anémicos. Los optimistas aseguraban que ésos eran los que todavía no embonaban en el grande y feroz mecanismo; un optimista era uno que tenía sueldo.⁸⁴

En Chicago tuvo Vasconcelos dos encuentros en los que entrevió un viso de espiritualidad. En la casa del profesor Dodd, el biógrafo de Woodrow Wilson, conoció al poeta Sandburg. Era alto, un poco seco, pero en sus ojos azules había luz, así como en su voz un acento cordial. Preguntó con simpatía por la Revolución Mexicana que quería dar tierras al labrador; quiso saber de los sembrados y del folklore y en seguida se puso a comer: Vasconcelos encontró que Sandburg hablaba poco; al rato se despidió para irse a tomar un tren.⁸⁵ El encuentro de Sandburg le dejó un cierto sentimiento de vacío a Vasconcelos.

Algo así también experimentaría cuando conoció la Hull House, desde donde la figura dulce, comprensiva y maternal de Jane Adams extendía auxilio a los recién llegados y a los hogares más pobres. La Hull House levantaba sus muros rojizos y ahumados en el barrio más pobre de Chicago. Había en ella talleres, salones de clase y refectorio, y por todas partes un ambiente cosmopolita

⁸¹ *Ibid.*, p. 168.

⁸² *Ibid.*, p. 172.

⁸³ *Ibid.*, p. 173.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 175.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 176.

y cordial. Allí había nacido la ciencia generosa del servicio social cuyos métodos se habían propagado por todo el país.

El destrozo humano ejercido por la máquina, cuenta Vasconcelos, se reparaba allí, se enderezaba y encaminaba hacia el dios pragmático: el dios de la acción. Acción siempre sin fin y sin finalidad. "No abstante su noble intención hay un frío de muerte en Hull House", exclamaba Vasconcelos.

Contrastan estas experiencias de Vasconcelos en Nueva York y Chicago donde la proeza técnica carece de sentido espiritual, de valores que le puedan dar finalidad, con lo que experimentó al visitar el templo, casi dos veces milenario, de Santa Sofía. Primero fue el éxtasis irresistible y luego el entregarse al pasmo de las perspectivas parciales. "Toda nuestra sensualidad", reflexiona Vasconcelos, "despierta y goza un sublime goce de ritmo en melodía que se perpetúa ascendiendo."⁸⁶ Vasconcelos se entusiasma observando la maravilla técnica arquitectónica que se propone expresar la belleza en un ensayo de síntesis:

Los profetas soñaron los muros gigantes del templo; el misticismo de Siria le dio un esplendor; los padres de la Iglesia trabajaron la exégesis. ¡Y el templo levantado a la Santa Sabiduría es un himno a la síntesis!⁸⁷

Esa síntesis armónica que se levanta como caracol del cosmos es sólo posible cuando el hombre está poseído por la fuerza de la generosidad y la visión de lo sublime. Si bien Santana Sofía no llegó a desarrollar toda su música —reflexiona Vasconcelos— habrá de levantarse alguna nueva en Río de Janeiro o por el Amazonas donde "surgirá la música organizada bajo la inspiración de la espira⁸⁸".

Si la técnica no está al servicio del espíritu es la locura y el suicidio. Nunca habría de olvidar Vasconcelos la muerte de su hermano. Había emigrado, muy joven, a trabajar como obrero en Estados Unidos. En la fábrica donde los habían empleado tenía que entrar con una lámpara humeante a revisar o practicar los remaches del interior de la caldera de las locomotoras. Ese trabajo le hirió el pulmón. "Era como una de tantas víctimas del Moloch del progreso" afirma el pensador.⁸⁹

⁸⁶ *Ibid.*, p. 183.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 187.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 188.

⁸⁹ José Vasconcelos, *Ulises Criollo, Obras Completas*, Vol. I (México: Libreros Mexicanos Unidos, 1958), p. 666.

Después de reflexionar Vasconcelos que lo más injusto de tales sacrificios es que los determinaba la pobreza, y de especular que los riesgos debieran repartirse como lo predicaba William James, igual que los de la guerra, es decir, entre toda la juventud sin distinción de clase o raza, asegura que no le quedaba sino una manera digna de honrar el sacrificio de su hermano: contribuyendo, en lo posible, a que casos como el suyo no se repitiesen. Dedicando toda su acción política a la defensa del obrero y a la protección de los intereses humildes; en una palabra, propiciando la revolución en toda su generosa universalidad.⁹⁰ Su acción revolucionaria sería la del maestro, sin violencia, creando valores que como las estrellas en los mares, permitieran a la nación seguir el rumbo que la llevaría a alcanzar su destino.

Aun en los momentos en que el país parecía sumirse en la mayor decadencia, Vasconcelos conservaba la antorcha de la fe. Hacia finales del gobierno del señor Carranza la desorganización del país había tomado un carácter verdaderamente patético y para muchos era imposible que lograra recuperarse algún día. Fue en esta época, el 15 de septiembre de 1919, que Vasconcelos fue invitado por la colonia mexicana en San Diego, California, para que pronunciara un discurso en celebración del aniversario de la independencia. El discurso de entonces lo transcribe él casi completo en *La Tormenta* y es digno de análisis en esta parte del trabajo porque apela con gran fuerza a la fe en el espíritu como salvador del pueblo mexicano, entonces desgarrado por la guerra civil y la amenaza constante de invasión norteamericana.

La fe en el pueblo mexicano la expresa Vasconcelos en esa ocasión como una firme confianza en que tenemos una alta misión que cumplir en la cual nadie nos puede reemplazar y que esa misión es trascendental para el futuro de la humanidad. Pero tal misión no se va a realizar espontáneamente. Es necesario un patriotismo acendrado por parte de los mejores para mover con él toda la potencia nacional a que se complete la obra del espíritu. Dice así el pensador:

Ciertas razas, aparentemente inferiores, a primera vista malogradas, sin embargo se debaten y perduran a través de los cataclismos, porque contienen en su seno un don divino por desarrollar una misión que cumplir, una forma nativa y única donde hallarán expresión algunas de las mil cosas que aún laten informes en las profundidades oscuras del universo.⁹¹

⁹⁰ *Ibid.*, p. 666.

⁹¹ José Vasconcelos, *La Tormenta, Obras Completas*, p. 1179.

Para Vasconcelos, pues, América Latina hallará su salvación en su misma derrota, en sus inveterados fracasos, porque ellos le darán un sentido más claro de misión redentora y de ellos sacará material para iluminar algunos de los resquicios más ocultos del corazón humano. Y no se equivocó el pensador porque algo así estamos viendo en nuestro tiempo con la nueva narrativa latinoamericana que a diario nos revela una perspectiva nueva e insospechada.

Pero para Vasconcelos un pueblo no es digno de alcanzar la inmortalidad sino cuando se coloca del lado de las fuerzas del espíritu contra ese elemento ciego de destrucción que se oculta en el Universo. Dice él:

...Sólo es santo un patriotismo y sólo merece bienes de la Providencia un pueblo y una raza que de verdad colaboran en la épica lucha contra las fuerzas ciegas de la Creación. El verdadero patriotismo se acrecienta y purifica en el infortunio, si está convencido de su grandeza, pues es lucha y empresa sobrehumana, aspira a la perennidad y vive del holocausto y su misión es la brega y la conquista; la conquista de las mejores formas de la existencia.⁹²

Vale preguntar aquí, ¿qué es el espíritu para Vasconcelos? Vasconcelos opone el espíritu a las fuerzas de destrucción que están regidas por el odio y ya vimos anteriormente que en su búsqueda por un hombre capaz de servir para que sea el agente de la labor educativa, se inspira en el desinterés y la caridad de que hablara Caso y que se hallan íntimamente ligadas a la fe del misionero. No cabe duda que, para Vasconcelos, las fuerzas del espíritu son las del amor, de la confraternidad universal, únicas capaces de llevar a cabo la labor redentora y creadora a la vez.

Aquella hora trágica de 1919 en que el cuerpo nacional se veía agotado y al borde de la muerte era sólo el agudo dolor de un parto magnífico que daría a luz obra imperecedera de cultura. "...El experimento que todos juntos estamos verificando", decía Vasconcelos entonces, "es un experimento que interesa a todos los hombres: un intento... de crear un alma nueva con los mejores elementos de la cultura universal".⁹³

Para entonces Vasconcelos ya había llegado a la hora de las convicciones. Presentía que el momento creador estaba al alcance de la mano y tras los años de destierro, concibió la tarea nacional como algo más vasto que lo que había preocupado a su patria hasta el momento. "Las grandes empresas", dice,

⁹² *Ibid.*, p. 1180.

⁹³ *Ibid.*, p. 1180.

... traen consigo responsabilidades severas, cuando consideramos todo lo que podemos ser, todo lo que deberíamos estar realizando y lo comparemos con el momento presente, nos invade la angustia, nos irrita la impaciencia; pero justamente en estas épocas de descomposición temporal, los problemas que afectan al porvenir pueden juzgarse con amplitud y con incuestionable desinterés.⁹⁴

Es cierto que Vasconcelos habla del futuro y alguien podría decir que los latinoamericanos estamos hablando siempre del futuro, que es nuestro eterno proyectismo, “ése no ser siempre todavía” que mencionará Maíz Vallenilla. La objeción tiene base. Aquí está Vasconcelos en 1919 perorando sobre el brillante futuro de la civilización latinoamericana y nosotros, en 1978, todavía parece que no vemos realizar ese futuro cargados como estamos con el peso del llamado subdesarrollo. Pero es que América Latina, desde su independencia, no ha hecho sino negarse a sí misma, rechazar su propia tradición como lo analiza con riqueza de detalles Leopoldo Zea en *Dos etapas del pensamiento en Latinoamérica*. Una vez llegados los españoles, trataron de borrar el pasado indígena destruyéndolo u ocultándolo; una vez terminada la independencia, se quiso entonces comenzar a borrar de nuevo y pretendimos olvidar nuestro pasado hispánico reprimiendo lo más original de nuestro espíritu para reemplazarlo con afrancesamiento positivista. Y en este siglo, avergonzados de nuestra sangre india y negra, de nuestra tradición española, de haber caído en el positivismo, queremos americanizarnos para ocultar nuevamente lo que realmente somos.

Se entiende bien así el concepto de patriotismo que mantenía Vasconcelos como algo mucho más amplio y de raíces más hondas. Decía él en el mismo discurso:

... Es urgente que todos convengamos en reconocer que nuestro patriotismo no sólo significa la tradición local que comienza con el muy venerable Hidalgo, sino que viene de más lejos: desde Europa con los Españoles y desde Asia con los Aztecas. Y junto con nuestra visión agrandemos también nuestros corazones, ensanchemos con el amor de todo el conjunto de la raza neoespañola; neoespañola porque debe abrazar y comprender no sólo a los hispanoamericanos, sino también a los españoles de la Península.⁹⁵

Y dentro de este patriotismo está siempre el mismo, el eterno drama, del cual deriva, para Vasconcelos, todo lo mejor que

⁹⁴ *Ibid.*, p. 1180.

⁹⁵ José Vasconcelos, *La Tormenta, Obras Completas*, p. 1181.

hay en nuestra civilización, empeñada como está en el propósito heroico de contrariar y vencer la naturaleza a fin de que el espíritu reflorezca tal y como, en una figura familiar al pensador, el cultivador deriva de la rosa silvestre esos bellos rosales de Francia estilo sombrilla o canasta, todo gracia y fragancia. Es pues, Vasconcelos, un convencido del sacrificio deliberado;⁹⁶ porque sacrificio deliberado es lo que se requiere para estar en paz, para lograr establecer el equilibrio en relación con los valores eternos y no con los convencionalismos y las circunstancias de la hora, que al fin, así lo ve el pensador, el propósito de la vida es para todos el descubrimiento del alma propia, su cultivo, su purificación y su salvación.⁹⁷

Fue precisamente ese descubrimiento del alma propia, pero en este caso el alma propia nacional, lo que se propuso llevar a cabo Vasconcelos desde la rectoría de la Universidad y luego desde la Secretaría de Educación Pública. Nuestra alma estaba tras el disfraz del extranjerismo y había que quitar ese disfraz. Luego había que hacerla reflorecer, así como el cultivador transforma la rosa silvestre, para que diera los frutos deseados de belleza y aroma. Para ello empleó un plan bien definido de difusión cultural basado en el contacto con los clásicos y en estimular a los artistas a observar las costumbres del pueblo y a estamparlas en los principales muros nacionales para que ese pueblo se observara a sí mismo y se enorgulleciera de lo que era capaz de producir. Véase, para este objeto, los murales del edificio de la Secretaría de Educación que ilustran bellamente el propósito educativo de Vasconcelos.

Estaba cumpliendo Vasconcelos, al realizar esa labor, con una obligación que para él era imperativa tanto al nivel nacional como al nivel personal. Lo expresa él así:

Trabajo de cada cabeza humana y obligación es repensar el pensamiento del mundo para construir nuestro instante y apenas creemos haber formulado una interpretación, nuevas experiencias se imponen, atisbos súbitos reforman lo que habíamos definido ayer. Y así nos quedamos sin terminar jamás la construcción, sumergidos en una corriente de vislumbres, sensaciones, raptos de claridad y reposo de éxtasis en que todo se explica.⁹⁸

⁹⁶ José Vasconcelos, *El Desastre, Obras Completas*, Vol. I, p. 1505.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 1573.

⁹⁸ José Vasconcelos, *El Desastre, Obras Completas*, Vol. I, p. 1614.